

Nuevos imaginarios del otro en la relación Latinoamérica-España durante la Guerra Civil Española

Julia Miranda (Universidad Nacional de Rosario)

RESUMEN

En este artículo se analiza el proceso de transformación imaginaria en torno a la figura del otro cultural en la relación entre los intelectuales latinoamericanos y españoles durante la Guerra Civil Española. Esta nueva conformación de imaginarios culturales que en el periodo aparecen ligados a las elecciones políticas se da también como resultado de la historia cultural de esas vinculaciones en el campo de la cultura. Por eso se revisan dos instancias históricas claves en esas figuraciones (en el siglo XIX y principios del XX) y se determinan los factores que incidieron en la nueva imagen de intelectual y sus otros. La idea de un espacio cultural que trasciende las fronteras nacionales y la imagen de Madrid en guerra como polo de religación son centrales para la reconfiguración de la imagen de intelectual.

Palabras clave: intelectuales, Guerra Civil Española, imaginario, otro cultural

ABSTRACT

The article analyses the transformation process of the image of the cultural other in relation to Latin American and Spanish intellectuals during the Spanish Civil War. This new configuration of the cultural imaginary, which in that period is linked to political positioning, is also the result of the cultural history of transatlantic relations in the cultural field. For this reason, the article examines two historical moments of the cultural imaginary (in the 19th and the early 20th century) and studies key factors in the new image of the intellectual and his or her others. The idea of a cultural space able to transcend national frontiers and the image of Madrid at war as a pole of rebinding are central in the new configuration of the intellectual's image.

Keywords: intellectuals, Spanish Civil War, imaginary, cultural other

Nuevos imaginarios del otro en la relación Latinoamérica-España durante la Guerra Civil Española

Julia Miranda (Universidad Nacional de Rosario)

Representaciones de los intelectuales

Como se sabe, desde el comienzo de los acontecimientos bélicos de España en julio de 1936, la gran mayoría de los intelectuales latinoamericanos tomó posición por la defensa de la República. Sin embargo, se abrieron debates en los distintos campos culturales. El concepto de campo cultural (Bourdieu) resulta operativo pero insuficiente para situar esos debates estético-políticos entre los intelectuales. Partimos desde la perspectiva del movimiento transnacional de los escritores para comprender la reformulación de las relaciones con los intelectuales españoles, que se producía en concordancia con el internacionalismo político. A partir de esta situación se generaron nuevos lazos con España, tanto personales como políticos e institucionales, a raíz de la formación de las asociaciones de intelectuales antifascistas, los comités de ayuda a España y los eventos culturales en favor de la República española. En este sentido, fueron decisivos los recrudescimientos de las discusiones acerca del papel de la literatura y los intelectuales en el espacio social. La tendencia hegemónica que intentaba establecerse se inclinó por la figura del *intelectual de acción*.

Entendemos que el lazo establecido por el escritor latinoamericano con la acción política durante los días de la Guerra Civil fue fundacional de la imagen de escritor "social y políticamente comprometido" de los años 60 y 70¹. Es decir, con la guerra española se inició la renovación de las representaciones tradicionales del escritor con preocupaciones cívicas y políticas en Latinoamérica proveyendo de nuevas imágenes, intensamente productivas para el restante siglo XX. El intelectual se definió en función no ya de ser el rector y guía aristocrático del espíritu, sino como un actor que recoge testimonio de lo acontecido al tiempo que acompaña los grandes movimientos sociales y les otorga voz. La imagen de intelectual

¹ Cuando nos referimos a imagen e imaginario social seguimos las definiciones de Bronsilaw Baczko: "las sociedades se entregan a una invención permanente de sus propias representaciones globales, otras tantas ideas-imágenes a través de las cuales se dan una identidad, perciben sus divisiones, legitiman su poder o elaboran modelos formadores para sus ciudadanos tales como 'el valiente guerrero', el 'buen ciudadano', el 'militante comprometido', etc. Estas representaciones de la realidad social (y no simplemente reflejos de ésta) inventadas y elaboradas con materiales tomados del caudal simbólico, tienen una realidad específica que reside en su misma existencia, en su impacto variable sobre las mentalidades y los comportamientos colectivos, en las múltiples funciones que ejercen en la vida social. De este modo, todo poder se rodea de representaciones, símbolos, emblemas, etc., que lo legitiman, lo engrandecen y que necesita para asegurar su protección" (8).

consolidada en esos días se corresponde con la representación del intelectual propuesta por Edward Said, quien de hecho toma como referencias a artistas de esta guerra como Neruda y Picasso:

A estas tareas terriblemente importantes de representar el sufrimiento colectivo del propio pueblo, dar testimonio de sus afanes, reafirmar su presencia duradera y reforzar su memoria, debe añadirse algo que en mi opinión, sólo un intelectual tiene la obligación de realizar. Después de todo muchos novelistas, pintores y poetas como Manzoni, Picasso o Neruda, han encarnado la experiencia histórica de sus pueblos respectivos en obras estéticas, que a su vez han terminado siendo reconocidas como grandes obras maestras. Al intelectual le incumbe, creo yo, la tarea de universalizar explícitamente la crisis, de darle un alcance humano más amplio a los sufrimientos que haya podido experimentar una nación o una raza particular, de asociar esa experiencia con los sufrimientos de los otros (57).

En su ensayo "Los intelectuales y el drama de España", María Zambrano recorre las transformaciones de la imagen del intelectual en las nuevas condiciones históricas marcadas por la guerra. Zambrano plantea que la intelectualidad española antes de la guerra tendía a "vivir en lo abstracto, a aislarse del mundo" y que lo popular de la sociedad española "estaba desde hacía siglos retirado en sí mismo; no había la necesaria comunicación entre el intelectual y ese elemento popular vivificador y orientador" (44).

Pero ahora, con los sucesos de la guerra

el intelectual recordó su oficio [...] La soberbia tradicional del intelectual dejó paso a un auténtico deseo de ser útil, de acudir allá donde se pudiese llenar una función. [...] la sociedad a la que pertenecíamos estaba en guerra. *La inteligencia tenía que ser también combatiente.* [...] Todavía hay quien se extraña, pero convendría recordarles que en los días del nacimiento de la razón, cuando en Grecia, con maravillosa y fragante intuición, se quiso representar a la diosa sabiduría, Palas Atenea, se la vistió con casco, lanza y escudo. La razón nació armada, combatiente. Se había olvidado esta razón militante en el mundo moderno [...]. Se creía en una verdad ideal, y la razón, ebria de sí misma, se creía invulnerable, absoluta, con lo cual, sin dejar de ser contemplativa, se creía legislar el mundo (cursiva en el original: 50 y 51).

En gran medida esta representación del escritor, novedosa en el periodo estudiado, se produce junto con la redefinición de las relaciones culturales históricas entre los intelectuales españoles y latinoamericanos, sostenidas muchas veces sobre una asimétrica *otredad*. Las condiciones político-culturales de la Guerra Civil Española se presentaron como oportunidad para sortear las pretensiones de dominio de la cultura española sobre las culturas latinoamericanas y poner a prueba la relación de paridad con *el otro*. Porque como dice Zambrano, cae la soberbia del intelectual, autoimagen labrada por la tradición. Por lo tanto, este no sólo se

suma a los acontecimientos populares y traza una relación con lo popular, sino que también redefine sus vinculaciones con los *otros* intelectuales latinoamericanos.

Por primera vez, especialmente entre los jóvenes escritores de ambas orillas del Atlántico, parecía cumplirse en la contemporaneidad de la guerra un acercamiento cultural con rasgos muy distintos a los tradicionales. Nos referimos a varios de los miembros de la llamada generación española del 27 y a escritores de la nueva literatura latinoamericana como César Vallejo, Pablo Neruda, Vicente Huidobro y Alejo Carpentier. También se plegaron poetas mexicanos, argentinos, uruguayos y posteriormente, algunos años después de perdida la guerra, los brasileños².

De este modo, en Latinoamérica se ponían los ojos en la vieja metrópoli desde otro lugar, ya no mirando las todavía vigentes pretensiones de dominio de lo que había sido un imperio en el terreno de la cultura por parte de algunos destacados intelectuales de la generación del 98. Por el contrario, ahora los jóvenes escritores miraban hacia España en función de llevar adelante una reciprocidad política con los escritores republicanos.

La nueva instancia de la relación con España evidencia la construcción del *otro* desde los dos lados del mar; especialmente observamos que esta doble mirada operaba a partir de ciertos presupuestos políticos en los campos culturales. Por eso no se ajustan del todo a nuestro análisis los binarismos implicados en los conceptos teórico-metodológicos clásicos que surgieron como herramientas para pensar las asimetrías de la relación en función del *otro cultural*, cuando pertenece a una cultura absolutamente distinta de los que detentan el poder³. En este periodo, los escritores latinoamericanos contaban ya con una construcción imaginaria de sí mismos que les permitía identificarse con la cultura europea, al tiempo que trabajar con los registros culturales de sus propias naciones.

En ese contexto *el otro* no era aquel referido por su distinta nacionalidad o su diferente capital cultural, como lo había sido en la historia político-cultural común entre España y América, sino principalmente por su opuesta tendencia política. La distinción clásica ahondada en el siglo XIX entre *bárbaro* y *civilizado*, aunque ciertamente también es abundante en la literatura republicana de la guerra, en ese nuevo contexto cambia. La categoría de barbarie no implicaba la pertenencia a cierta cultura o a una determinada ubicación social que pretendía solapar una indudable posición política, sino ante todo refiere a una posición política: el *bárbaro* era fascista, por más cercanía cultural o nacional que ostentara. En este imaginario las razones políticas fueron dominantes y se articularon con las culturales: cultura republicana, cultura de izquierda, frente a lo que

² La particularidad de Brasil frente a la Guerra Civil radica en que los textos se dan a conocer a partir de 1943, después de finalizado el periodo de Getúlio Vargas, en el cual operaba una rígida censura.

³ El problema del vínculo con *el otro* es un aspecto esencial de la crítica de la cultura y en los estudios latinoamericanos tiene una larga tradición: heterogeneidad, mestizaje, hibridez, transculturación son los términos que han permitido abordar el problema de la cultura bajo el dominio español y sus herederos.

se veía como *barbarie fascista*, que sin embargo también construyó su propia cultura militarista y anti-intelectualista⁴.

De acuerdo con estos presupuestos, en donde lo cultural y lo político se encontraban fuertemente interdeterminados, vemos que las distintas formas del discurso (poemas, crónicas, notas de opinión, conferencias, etc.) aparecen imbuidas del discurso político.

Según plantea Eliseo Verón (1987), el discurso político se caracteriza por instaurar diversos interlocutores. Hay un *otro negativo* al cual se dirige en tanto réplica discursiva, puesto que todo acto de enunciación política presupone una réplica en una discusión implícita; entonces, el otro negativo es el adversario. Al mismo tiempo el discurso político genera la figura de un *otro positivo*, es decir, aquel al cual está destinado explícitamente el discurso y con quien se produce una identificación. Verón entiende que este desdoblamiento en sendos otros es privativo del discurso político y no es posible encontrarlo en el discurso científico, por ejemplo, o en la publicidad. Sin embargo, si uno transita los textos literarios de esta guerra, así como los dibujos y fotografías de sus carteles, podrá advertir que, en principio, la doble destinación también se cumple, precisamente porque sus formas estéticas se organizaron desde el discurso político, cuyos destinatarios aparecen delineados con claridad⁵.

Históricamente el otro español era considerado unívoco y monolítico, ya sea positivo o negativo según las perspectivas hispanófilas o hispanófobas de la cultura. En cambio, en la situación de la guerra de España se produjeron cortes y movimientos en la imagen compacta del otro, hacia las construcciones duales: se desprende un *otro negativo*, absoluto en su ajenidad, y aparece un nuevo *otro especular*, cercano al *sí mismo*. Para la izquierda intelectual latinoamericana, el otro absoluto era el fascista, mientras que el republicano o revolucionario –intelectual o miliciano– con quien se identificaba era un otro especular. Para la derecha, como es sabido, el otro absoluto era el *rojo*, categoría en la cabían desde liberales republicanos a marxistas y anarquistas.

Pero este esquema no revela cómo se produjeron los movimientos. Para comprender los reacomodamientos entre los escritores de España y Latinoamérica durante la guerra, resulta necesario revisar al menos dos instancias de la polémica acerca de la cultura: una, en el siglo XIX, otra, en la segunda década del siglo XX.

⁴ En este punto resulta esclarecedor el ejemplo de la "amenaza" que representaba la intelectualidad para el sector del ejército español sublevado. El "muera la inteligencia" y el "viva la muerte" del Gral. Millán Astray vociferados en la Universidad de Salamanca después del discurso de su rector, Miguel de Unamuno, que expresaba el desencanto y arrepentimiento por haber apoyado la sublevación militar, son esclarecedores del lugar de barbarie política y cultural que representó el fascismo español.

⁵ Asimismo, hay un tercer *otro* implicado en el discurso político: es aquél que no se define por ninguna de las dos posiciones en conflicto y a quien hay que persuadir para ganar su adhesión.

La discusión acerca de la independencia cultural latinoamericana en el siglo XIX

El proceso de independencia política en América, cuyo primer impulso ocurrió más de un siglo antes de la Guerra Civil Española, había dejado abierta la discusión acerca de la independencia cultural. Aunque de hecho en la producción literaria esa dependencia no existiera se mantenía sobre todo en el imaginario español. En el siglo XIX esta discusión en Latinoamérica se tradujo, por ejemplo, en las políticas de la lengua. Por un lado, la hispanofobia sostenida por Domingo Sarmiento, por otro, el purismo de Andrés Bello con respecto a la gramática del idioma. Pero además de este debate dado en territorio latinoamericano, desde España también se acentuaron los puntos de vista acerca de la primacía de la cultura española en Latinoamérica. Las diferencias entre los intelectuales españoles y latinoamericanos se plasmaron en los cruces de escritos a través del Atlántico y contó con dos episodios muy claros.

El primero se produce por la publicación de un artículo en *El Comercio del Plata* de Montevideo en julio de 1845 firmado por el español Dionisio Alcalá Galiano, artículo que lleva por título "Consideraciones sobre la situación y porvenir de la literatura hispanoamericana". Allí Galiano afirma que, por su precariedad, la literatura en Latinoamérica "se halla todavía en mantillas" y que por esa razón "debe volver bajo la tutela española" (Fléming Figueroa: 153). La respuesta de Esteban Echeverría que aparece en un texto anexo al *Dogma socialista* no se hace esperar. Echeverría sostiene, por un lado que "es absurdo ser español en literatura y americano en política" y por otro lado argumenta irónicamente que España en ese momento no cuenta con ninguna escuela literaria novedosa más que la francesa (153 y 154).

Después de lo que denominamos como el primer episodio de la discusión por la independencia cultural, hacia fines del siglo XIX se estableció cierto acercamiento con la península en el plano de la cultura propiciado desde Latinoamérica, mediante el viaje emprendido por Rubén Darío a España en 1898; sin embargo, no prosperó. Este viaje fue realizado con el fin de recoger en sus crónicas para *La Nación* de Buenos Aires el panorama político y cultural dejado por la pérdida de las últimas colonias españolas en América. La nueva mirada puesta por Darío en España vislumbra la posibilidad de reparación de los lazos. Como señala Beatriz Colombi acerca de estas crónicas enviadas por el poeta modernista:

La retórica del optimismo da cohesión tonal a las sucesivas entregas y su vehemencia sanadora coincide con el enunciador lírico de "Salutación del optimista" [...]. No obstante, la nueva alianza con España en estas notas no supuso una concesión unífera, sino una negociación. La mirada redime pero no oculta. Regenera pero no escamotea la asimetría de la relación, donde la utopía del abrazo alcanzó su justo límite (124).

Pese al esfuerzo por reencauzar las vinculaciones con España, hacia la fecha de los centenarios las figuraciones de la vieja metrópoli fueron el soporte de los nacionalismos emergentes. Estos nacionalismos se apoyaron en una operación rehispanizadora de América emprendida especialmente por Miguel de Unamuno y otros intelectuales de la generación española del 98, como dice Colombi siguiendo a Oscar Terán en "El dispositivo hispanista". Así, por ejemplo, las respuestas argentinas a este "operativo rehispanizante" combinaron los hispanismos anticlericales y filo-modernos (Ricardo Rojas) con los católicos y antimodernos de claras tendencias xenófobas (Manuel Gálvez) (31).

Propuesta y rechazo del "meridiano intelectual de América"

El segundo episodio de los debates por la independencia cultural, signado por los cruces de escritos entre España y Latinoamérica, fue una conocida discusión que se produjo en 1927. Una posición que trajo polémica, pese al tiempo transcurrido desde la independencia política, fue la esgrimida por *La Gaceta Literaria*, bajo la dirección de Giménez Caballero. En su edición de abril aparece un artículo sin firma, pero que pertenece a Guillermo de Torre: "El meridiano intelectual de América". El "meridiano intelectual" no es más que un emplazamiento geopolítico, la antigua metrópoli de Madrid. Según esta propuesta, la capital española debía constituirse en el centro geográfico y simbólico de toda la cultura producida en lengua española, incluyendo el español hablado en Latinoamérica: un único centro para las expresiones culturales de los diversos territorios y culturas. En ese editorial, el secretario de la revista, Guillermo de Torre (que pocos años después será el secretario de la revista *Sur* de Buenos Aires, bajo dirección de Victoria Ocampo), propone abandonar el nombre de América Latina o Latinoamérica por el de América Española o Hispanoamérica debido al peligro de expansión cultural que advierte frente a la elección de París o Roma como ciudades de referencia para los intelectuales latinoamericanos antes que Madrid. Según su punto de vista, hay una ligazón principalmente idiomática que le daría supremacía a España en detrimento de Francia, verdadero peligro para la cultura en América:

Que nuestro hispanoamericanismo, que el criterio de *La Gaceta Literaria*, en este punto cardinal de vitalidad expansiva, es absolutamente puro y generoso y no implica hegemonía política o intelectual de ninguna clase, lo evidencia el hecho de que nosotros siempre hemos tendido a considerar el área intelectual americana como una *prolongación* del área española. Y esto, no por un propósito anexionista reprochable, sino por el deseo de borrar fronteras, de no establecer distinguos, de agrupar bajo un mismo común denominador de consideración idéntica toda la producción intelectual en la misma lengua; por el deseo de *anular diferencias valoradoras*, juzgando con el mismo espíritu personas y obras de aquende y allende el Atlántico (596) (subrayado nuestro).

Este enfoque pretende alejarse de los criterios colonialistas, cuando en verdad más fuertemente los sostiene: América es considerada una *prolongación* de España y borra del espacio territorial y simbólico todo aquello que precisamente no guarda vinculaciones con lo hispánico y lo diferencia. Por lo tanto, pese a esgrimir una relación de paridad lo hace sobre una representación homogénea de América, y de América en relación con España, casi indiferenciada, seriamente retrógrada en relación con las ya firmes autorrepresentaciones de los intelectuales latinoamericanos, nutridas al mismo tiempo de las culturas americanas y europeas, y por eso provocó no solamente irritación sino también la burla por parte de los escritores jóvenes. Así, por ejemplo, se le respondió con diversos artículos de fuertes tintes polémicos en la revista de la vanguardia porteña, *Martín Fierro*. Estos artículos fueron reunidos bajo el título general de "Un llamado a la realidad ¿Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica?". *Un meridiano encontrao en una fiambrería*, firmado por un paródico Ortelli y Gasset (atribuido a Jorge Luis Borges y Carlos Mastronardi), se sustenta en un lenguaje irreverente que deriva en un claro desdén por su interlocutor. De este modo, la respuesta en tono paródico y ofensiva, imbuida del humor martinfierrista y el "mal gusto", fue escrita en su totalidad con expresiones del lunfardo:

¡Minga de fratelanza entre la Javie Patria y la Villa Ortúzar! Minga de las que saltan a los zogoibis del batimento tagai, que se quedamo estufo, que se... con las tirifiladas de su parola senza criollismo. Que se den una panzada de cultura esos ranfañosos, antes de sacudirnos la persiana [...] aquí le patiamo el nido a la hispanidá y le escupimo el asao a la donosura y le arruinamo la fachada a los garbanzelis. [...] Espiracusen con plumero y todo, antes que los faje. Che meridiano: hacete a un lao que voy a escupir (357).

Aquí se pone de relieve que no hay posibilidad de fraternizar con una patria vieja (vieja, por la antigua metrópoli, pero también "javie", la madre con énfasis lunfardo que parodia a la "Madre Patria") desde los arrabales porteños (Villa Ortúzar) porque no hay lengua común. Esa lengua de uso popular -el lunfardo con fuertes tonos y claros elementos lexicales del italiano- es la elegida por estos representantes de la cultura letrada y se ubica muy lejos de la "lengua compartida" que propone de Torre.

Jorge Luis Borges responde a la convocatoria de la revista también irónicamente y con un tono que sólo difiere en lo atenuado con respecto al del falso Ortelli:

Madrid no nos entiende. Una ciudad cuyas orquestas no pueden intentar un tango sin desalmarlo; una ciudad cuyos estómagos no pueden asumir una caña brasilera sin enfermarse, una ciudad sin otra elaboración intelectual que las greguerías; una ciudad cuyo Irigoyen es Primo de Rivera; una ciudad cuyos actores no distinguen a un mejicano de un oriental [...] ¿de dónde va a entendernos, qué va a saber de la terrible esperanza que los americanos vivimos? (357).

De esta manera, Borges ubica las diferencias de un modo más profundo: diferencias culturales y lingüísticas (tango); literarias (en relación con la vanguardia, España sólo produjo los juegos verbales de las greguerías de Ramón Gómez de la Serna); políticas (frente a un presidente democrático como Irigoyen, un dictador como Primo de Rivera) y la indistinción frente al otro cultural (confunden un oriental con un mexicano). Resulta sesgada pero oportuna la referencia a Brasil puesto que la incluye en la disputa mediante la metáfora de la imposibilidad de España para "digerir" una bebida brasileña, y con ella tal vez toda su cultura, cultura que por cierto estaba por completo ausente de los argumentos "americanos" y "meridionales" de de Torre. Todo lo cual se resume en la falta de conocimiento y sensibilidad cultural de la España de la época respecto del continente tanto como en la ignorancia de sus "esperanzas", puede presumirse, políticas. Los argumentos de *Martín Fierro*, pese a recurrir al humor, la ironía, incluso a la agresión y al descaro de los giros populares locales, evidencian la seriedad de sus afirmaciones.

Con un tono mucho más aplacado en su argumentación, Alejo Carpentier desplegó la formulación de las discrepancias. Según el escritor cubano, en América la cuestión política es central para la literatura mientras que para Europa esta preocupación no existe, de ahí que en América siga teniendo relevancia el "poeta cívico" que "ve algo más que un elevado juego en sus partos intelectuales" (Fléming Figueroa: 159).

La figura del "poeta cívico" pone de manifiesto que la autonomía literaria no fue un valor generalizado ni siquiera para los mismos escritores en América, mientras que sí lo fue en Europa, incluso en un país como España, marginal en función del desarrollo europeo, según lo manifestara también Borges. Por eso, la aparición de la nueva imagen del *poeta cívico* en España, cuando el país se convierta en un territorio de escombros, será central en la instancia de acercamiento entre sus escritores y los latinoamericanos. Mientras tanto, las miradas hacia el *otro*, en este caso desde el ámbito de la nueva literatura, son irreductibles e irreconciliables.

Reconsideraciones de España en guerra

Este diálogo áspero cambia precisamente a partir de los avatares políticos de la Guerra Civil, reconfigurando los vínculos entre América y España en el ámbito de la cultura. Los interlocutores del diálogo se vuelven a establecer y, al ubicarse ahora en el mismo sector político, las asperezas se transforman en entendimiento. Sin embargo, *el otro absoluto*, con el que no hay posibilidad de comunicación, en esta nueva instancia es el representante del fascismo, el bárbaro⁶.

⁶ Esta afirmación puede ser matizada si se consideran los diálogos que efectivamente ocurrieron en los momentos de descanso de la batalla entre los contendientes. Como testimonia el escritor cubano Pablo de la Torriente-Brau, muerto en combate, las armas de la retórica también estuvieron presentes en "el campo de nadie". Según cuenta, no fueron pocos los soldados del ejército sublevado los que cruzaron la línea divisoria y pasaron al bando opuesto después de largas conversaciones vociferadas a través del campo de batalla: "pues en estas luchas oratorias nocturnas, lo importante es dejar sin argumentos al contrario, para irle minando las fuerzas" (*Pelando con los enemigos*: 91). Con respecto a la construcción de el otro en sus diálogos, reproducidos en las crónicas, se lee: "Nosotros también, los hispanoamericanos, hemos venido aquí, y allá reunimos dinero para la causa del pueblo español, porque estamos contra la España que ustedes quieren prolongar, contra la vieja España de la explotación de nuestros pueblos, la que fue nuestra madrastra y ahora será nuestra hermana mayor por ser la primera en obtener la libertad, por la que luchamos nosotros. Y hasta mañana, fascistas" (*Los que fueron a España*: 114).

Esta guerra marcó profundamente el rumbo de los intelectuales españoles y latinoamericanos en relación con la imagen de escritor y con la especificidad de la tarea estética. Frente a un pueblo que se lanzaba a las calles con el afán de detener el golpe de estado, los escritores se vieron impulsados a redefinir sus representaciones sociales en el plano de la acción y esto apareció en los textos. España -y ahora sí Madrid- pasaba a significar la resistencia antifascista a la que los artistas e intelectuales le dieron voz. La ciudad de Madrid, lejos de ser el "meridiano intelectual de América", se convirtió por razones políticas y bélicas en el "corazón del mundo", nuevo polo de religación para los escritores latinoamericanos⁷.

En el imaginario primaba la idea de necesidad de la actuación social del escritor, de asumir la defensa de la libertad en esa guerra frente al fascismo beligerante y para eso trabajar con la palabra poética. Como sostuvo César Vallejo en el discurso del II Congreso Antifascistas para la Defensa de la Cultura realizado en España en 1937: "Tenemos el arma más formidable, que es el verbo" (643). Pero ese arma fue, más allá de las formas singulares que adquirió en cada escritura, una construcción discursiva de conjunto y la cristalización de un imaginario social entre los escritores y artistas españoles y los que desde otros confines -especialmente América Latina- se unieron a la causa republicana.

El nuevo trazado en las relaciones culturales encuentra distintos matices según el encuadre ideológico y cultural en el que se inscribía cada uno de los escritores. Uno de los casos emblemáticos fue el de Alfonso Reyes, quien publicó en la revista *Sur* de septiembre de 1936 el artículo *Notas sobre la inteligencia americana*. El intelectual mexicano sostiene, en concordancia con el planteo realizado casi una década antes por Alejo Carpetier, que la particularidad del escritor latinoamericano residía en que no solamente se dedicaba a sus funciones intelectuales sino también, y esencialmente, a la acción política y social. Desde su punto de vista, esto marcaba una diferencia sustancial con el escritor europeo, exclusivamente ligado a la tarea intelectual. Reyes afirma que si bien la nueva literatura latinoamericana se había nutrido de la literatura europea, podía dar cuenta de su independencia porque se ocupaba de los asuntos que le eran propios y, al mismo tiempo, el escritor se definía por su tarea intelectual en una nueva relación con el europeo: "este ardor de pubertad rectifica aquella tristeza hereditaria, aquella mala conciencia con que nuestros mayores contemplaban el mundo, sintiéndose hijos del gran pecado original, de la capitis diminutio de ser americanos" (13). De este modo se planteaba la necesidad de establecer otros vínculos.

Es recién a partir de 1936 cuando se traza una nueva imagen de intelectual basada en una situación de paridad entre los intelectuales de ambos lados del mar, en la contemporaneidad de la guerra. Se trata de una nueva relación surgida en parte como consecuencia de la necesidad de los intelectuales españoles de abocarse a los asuntos de la hora marcados por los acontecimientos de la Guerra Civil. Reyes afirma:

⁷ Para la categoría de *polo de religación*, ver Ángel Rama "Algunas sugerencias de trabajo...".

Y, para colmo, el hispanoamericano no se entendía con España, como sucedía hasta hace poco, hasta antes del presente dolor de España, que a todos nos hiere. Dentro del mundo hispánico, todavía veníamos a ser dialecto, derivación, cosa secundaria, sucursal otra vez: lo hispano-americano, nombre que se ata con guioncito como con cadena (15).

Esta *derivación* que Reyes encuentra en el nombre, y de lo cual se lamenta, es coincidente con la *prolongación* que planteaba de Torre, que en cambio sí encontraba loable en *El meridiano intelectual de América*.

Desde esta nueva situación, tanto para los intelectuales españoles como para los intelectuales latinoamericanos, a instancias de la guerra fue posible romper esa cadena que amarraba lo americano a lo hispano como derivación secundaria, como prolongación indiferenciada. Y esa nueva situación se produjo debido a una ruptura interna en la sociedad española que entró en crisis poniendo en evidencia, de un lado y del otro de la guerra, a los opresores históricos y a la sociedad que los había padecido. De este modo se produjo una grieta y un corrimiento en el interior del imaginario cultural latinoamericano acerca de España y también lo contrario: en la intelectualidad española surgieron nuevas imágenes acerca de los intelectuales latinoamericanos.

En el texto de Reyes la clave del proceso de reconversión de las significaciones está en "el dolor de España". Enunciado que no se abre por sí mismo a todas sus connotaciones, pero que para un lector contemporáneo a este escrito estaba muy claro: no se trataba sólo de un dolor asociado con la sensibilidad social por un pueblo sumido en una guerra cruenta, sino también de una posición política adoptada por ese conjunto de intelectuales y que Reyes enuncia cuando dice "a todos nos hiere".

La convocatoria planteada por los intelectuales españoles a sus pares latinoamericanos, que proponía *la defensa de la cultura contra el fascismo*, se sustentó en el discurso articulado por la izquierda internacional, especialmente de los partidos comunistas, pero también por todos los sectores afines o "compañeros de ruta" que surgieron apenas comenzada la guerra en España. Este discurso fue sostenido por un grupo de mayoritariamente jóvenes intelectuales españoles prestigiosos a través de varios comunicados de la *Alianza de Intelectuales Antifascista para la Defensa de la Cultura de Madrid*, cuya acta de fundación es de julio de 1936 y en la cual se definen como

hombres de actividad intelectual agrupados para defender la cultura [...] declaramos nuestra identificación plena y activa con el pueblo que ahora lucha gloriosamente al lado del Gobierno del Frente Popular, defendiendo los verdaderos valores de la inteligencia al defender nuestra libertad y dignidad humanas (Aznar Soler: 164)⁸.

⁸ Firmaron entre otros: Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Luis Buñuel, Rafael Dieste, Arturo Serrano Plaja, Ramón Gómez de la Serna (que pronto abandonó las actividades antifascistas), José Bergamín, María Zambrano.

Por esos días en Sudamérica, por ejemplo, se llevaba adelante la lucha antifascista mediante diversas organizaciones que funcionaban en red, como la Aiape en Argentina (Agrupación de Intelectuales, Periodistas y Escritores)⁹. Similares organizaciones ya se establecían en Uruguay. En Chile, durante 1936, aparece la revista *Total* dirigida por Vicente Huidobro, cuyo primer número está dedicado por entero a España. En Argentina, Raúl González Tuñón y Cayetano Córdova Iturburu hacían declaraciones públicas a favor de la resistencia republicana en distintos medios gráficos de izquierda¹⁰. Sin embargo, las pujas en los campos culturales sudamericanos por el apoyo o la abstención a la resistencia republicana española se manifestaron de manera directa. Pablo Neruda lo declara en su texto "Documento", publicado en la revista porteña *Claridad* de agosto de 1937:

Recibo cada día solicitudes y cartas amistosas que me dicen: deponga usted su actitud, no hable de España, no contribuya a exasperar los ánimos, no se embarque usted en partidismos, usted tiene una alta misión de poeta que cumplir, etc., etc.

Quiero responder de una vez por todas que, al situarme al lado del pueblo español, lo he hecho en la conciencia de que el porvenir del espíritu y la cultura de nuestra raza dependen directamente del resultado de esta lucha (*Los que fueron a España*: 105).

De esta manera se forjaba la nueva imagen del intelectual latinoamericano, signado por los avatares de la Guerra Civil y por la pronta respuesta a la convocatoria de sus pares españoles.

Si bien las nuevas vinculaciones culturales habían comenzado con el modernismo dariano, al cual los poetas españoles adscribieron desde finales de siglo, la relación de simetría empezó a perfilarse en las publicaciones vanguardistas latinoamericanas, como puede leerse en la porteña *Martín Fierro*, que da a conocer en sus páginas desde 1924 a los jóvenes poetas españoles en Latinoamérica: García Lorca, Alberti, Cernuda, Guillén, de Torre, entre muchos otros y en las revistas vanguardistas españolas que publicaron algunos de los poemas de Borges, mientras residió en España.

⁹ Esta organización fue fundada por Aníbal Ponce para manifestarse contra el procesamiento que Raúl González Tuñón había padecido en 1933 por la publicación de su poema "Las brigadas de choque" en la revista *Contra*, la revista de los francotiradores, bajo su dirección, censurada por ese motivo.

¹⁰ Sin embargo, la publicación cultural más importante del momento, *Sur*, se mantuvo alejada de estas cuestiones y sostuvo la "no intervención" en materia de política y cultura, en consonancia con las políticas no intervencionistas sostenidas por Inglaterra y Francia. No obstante, los miembros de la revista hicieron explícitas adhesiones en trabajos de ayuda a la España republicana, pero no en sus textos. Esto responde a las ideas que los principales miembros de la revista tenían acerca del escritor: las del alejamiento de los avatares de la política.

Sin embargo, fue el asesinato de Federico García Lorca, a pocos días de iniciada la guerra, el acontecimiento que definió más sólidamente esta nueva fase de las relaciones con un sentido inequívoco de paridad. Nombrado en numerosos poemas y crónicas como el *hermano* muerto, asesinado o fusilado por causas políticas, este poeta ya había establecido lazos de amistad con los jóvenes de la vanguardia porteña y chilena después de su paso por Sudamérica entre 1933 y 1934. La gran cantidad de poemas y crónicas dedicados a su asesinato, y en años sucesivos, a recordarlo, traducen en la producción literaria una de las manifestaciones de ese nuevo nexo entre los poetas.

Fuentes primarias

Borges, Jorge Luis [1927] (1995). "Un llamado a la realidad ¿Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica?", en *Revista Marín Fierro 1924-1927 Edición Facsimilar*, n° 42, junio julio 1927. Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 357.

De la Torriente Brau, Pablo [1936] (1973). "Polémica con el enemigo", en *Los que fueron a España*. Buenos Aires, Ediciones de Crisis, 109-117.

_____ [1936] (1980). *Peleano con los milicianos*. Barcelona: Editorial Laia, 109-117.

De Torre, Guillermo [1927] (2006). "Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica", en Jorge Schwartz, *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*, México: Fondo de Cultura Económica, 594-597.

Neruda, Pablo [1937] (1973). "Documento", en *Los que fueron a España*. Buenos Aires: Ediciones de Crisis, 105-107.

Ortelli y Gasset (Borges, Jorge Luis y Mastronardi, Carlos) [1927] (1995). "Un meridiano encuentro en una fiambrería", en *Revista Marín Fierro 1924-1927 Edición Facsimilar*, n° 42, junio-julio 1927. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, 357.

Reyes, Alfonso (1936). "Notas sobre la inteligencia americana", en *Sur*, n° 24, septiembre, 7-15.

Vallejo, César [1937] (1984). "La responsabilidad del escritor", en *Crónicas Tomo II* México: UNAM, 640-645.

Zambrano, María [1937] (1977). *Los intelectuales en el drama de España*. Madrid: Hispamerca.

Bibliografía

Aznar Soler, Manuel (1978). *Pensamiento literario y compromiso antifascista de la inteligencia española republicana. II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas*. Barcelona: Laia Tomo II.

Baczko, Bronislaw (1999). *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Bourdieu, Pierre (2002). *Campo de poder, campo intelectual y habitus de clase*. Buenos Aires: Montessor.

Colombi, Beatriz (2004). *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.

Fleming Figueroa, Leonor (1987). "El meridiano cultural: un meridiano polémico", en *Las relaciones literarias entre España e Iberoamérica*. Madrid: Editorial Complutense de Madrid, 151-160.

Rama, Ángel (1985). "Algunas sugerencias de trabajo para una aventura intelectual de integración", en AAVV, *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 85-97.

Said, Edward (1996). *Representaciones del intelectual*. Buenos Aires: Paidós.

Verón, Eliseo (1987). "La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política", en *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette.